

# Arnau de Vilanova, *Obres Catalanes*, volum I : Escrits Religiosos, ed. Barcino, Barcelona, 1947.

Autor:  
Carlé, M. C.

Revista:  
Cuadernos de Historia de España

1951, XV, 187-188



Artículo

ARNAU DE VILANOVA, *Obres Catalanes*, volum I: *Escrits Religiosos*. Editorial Barcino. Barcelona, 1947.

Personalidad de múltiples facetas, médico, discípulo de Ramón Martí y Giovanni Casamicciola, conocedor del latín, el hebreo y el árabe, iniciado en la literatura talmúdica y rabínica, favorecido por Pedro el Grande y Jaime II, perseguido por los dominicanos, apoyado y desautorizado a la vez por los Papas, Arnaldo de Vilanova despertó la curiosidad de eruditos españoles y extranjeros. Finke y Diepgen, Rubio y Lluch, P. Pou y Martí, P. Martí y Ramón de Alós-Moner realizaron trabajos sobre su vida y su obra. A ellos viene a sumarse este libro de la editorial Barcino, en el que aparecen cuatro ensayos de Arnau de Vilanova (*Confessió de Barcelona*, *Lliçó de Narbona*, *Raonament d'Avinyó*, *Infomació espiritual al Rei Frederic*) y sus *Lletres Catalanes*, precedidos por un prólogo de Joaquín Carreras y Artau. Se propone éste ofrecer la auténtica fisonomía de Vilanova, tal como se desprende de los documentos actualmente conocidos, si no para destruir las inexactitudes de las biografías usuales del escritor catalán — tarea ya realizada por estudiosos anteriores — para aclarar muchos episodios de su vida. Lo sigue así desde su nacimiento, ocurrido en la « vila nova » de Valencia en 1238, aproximadamente, a través de sus estudios en las escuelas conventuales de los dominicanos primero, y luego en la Universidad, donde obtuvo el título de « magister medicinae ». A lo que parece probable, ejerció su profesión en Valencia y Barcelona, con notable éxito, pues además de adquirir rápida fama fué adscrito a la real casa y obtuvo diversas mercedes regias.

Llamado por la Universidad de Montpellier para desempeñarse en ella como profesor, fué durante esos años de docencia que su espíritu se alejó de los estudios que hasta entonces le habían absorbido, para perderse por los caminos, más oscuros y peligrosos, a que lo arrastraba su misticismo exaltado.

A partir de ese momento volcó lo mejor de su actividad hacia el terreno religioso. La inminente llegada del Anticristo y por consiguiente el próximo fin del mundo, constituyeron para él una verdadera obsesión de la que ya no pudo liberarse y que le llevó a predicar la urgente necesidad de una reforma espiritual. Su renombre como médico y su actuación pública le sirvieron de plataforma para difundir sus ideas apocalípticas y uno y otra le protegieron más de una vez de los ataques que lanzaron contra él los clérigos seculares

primero, luego los propios dominicanos. Y si su enfermiza manía no le llevó más lejos fué porque tanto Bonifacio VIII como Benedicto XI pasaron por alto sus extravagancias teológicas en gracia a su habilidad en el arte de curar, del que les dió buenas pruebas. La actitud de ambos está bien definida en la frase de Bonifacio VIII: «Ocupate de medicina y no de teología y te honraremos».

Pero no bastaba esto a la satisfacción de Arnaldo, y su tosudez le hizo insistir ante su antiguo amigo Bertram de Got, cuando éste llegó al papado con el nombre de Clemente V, en un intento de obtener de él la aprobación para el conjunto de sus obras, cosa que, como es natural, no logró.

Desengañado al fin por sus repetidos fracasos ante la Santa Sede, dió otra dirección a sus esfuerzos para lograr la reforma que se había propuesto y decidió apoyarla en la monarquía y el estado laico. Este cambio de postura tiene importancia literaria, pues para hacer llegar su palabra al pueblo, sustituyó Vilanova el latín, lengua culta por excelencia que hasta entonces había empleado, por el romance. Puso así al alcance de todos los textos evangélicos; desgraciadamente, la Inquisición hizo destruir esas obras y muy poco de ello ha llegado hasta nosotros.

Con ciertas reservas fué apoyado por Federico III y Jaime II. Éste aprovechó sobre todo las ideas de Arnaldo que coincidían con sus propias aspiraciones y le encargó realizar ante el papado y Felipe el Hermoso las gestiones relativas a la Orden de los Templarios y a la cruzada que deseaba emprender contra el reino de Granada, aunque poco después le retiró su favor.

Viajero infatigable, le sorprendió la muerte en el mar, cuando se dirigía, como embajador, a la Corte pontificia, en setiembre de 1311.

Desde hacía seis años, la amistad de Clemente V le había librado de los ataques de sus enemigos; desaparecido éste, una reunión de teólogos convocada en Tarragona en 1316 condenó todos sus escritos, que fueron por cierto numerosos.

En cuarenta años de labor literaria publicó más de cien obras, la mayoría de poca extensión.

Distínguese entre ellas las religiosas y las médicas, aunque la división no es definitiva, pues algunos de sus trabajos participan de uno y otro carácter.

En este volumen sólo figuran cuatro de las primeras, las redactadas en lengua vulgar; las de medicina — se anuncia — se publicarán más adelante.

Miguel Batllori analiza en su *Noticia preliminar* los méritos, fuentes y valor histórico de los cuatro trabajos ya mencionados, y las circunstancias que presidieron o acompañaron su aparición. Deja luego al lector frente a la palabra apasionada de Arnaldo de Vilanova, cuya figura desconcertante de hombre de ciencia, de visionario y profeta merece sin duda, a pesar de sus descarríos espirituales, el interés y el respeto que han inspirado la publicación del presente libro.

M. C. CARLÉ.